

Las repúblicas  
bálticas frente  
a Europa y Rusia\*  
/ The Baltic Republics  
against Russia and  
Europe

Recibido: 15 de enero de 2014. Aceptado: 21 de febrero de 2014.

TLA-MELAAU, revista de Ciencias Sociales. Facultad de Derecho y Ciencias Sociales.  
Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México / ISSN: 1870-6916 / Nueva Época,  
Año 8, N° 37, octubre 2014 / marzo 2015, pp. 112-130.

RESUMEN

Desde 1991, cuando las repúblicas bálticas (Estonia, Letonia y Lituania) obtuvieron su independencia de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, establecieron cuatro objetivos fundamentales en el marco de su política exterior: asegurar su independencia, iniciar con un arduo proceso de transformación postsocialista, integrarse en la Unión Europea y en la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), así como rechazar cualquier intento por parte de Rusia para incorporarlos nuevamente en su zona de influencia de post guerra fría (en su cercano próximo). En este artículo se analizan los intereses de Estonia, Letonia y Lituania frente su integración en la UE y en la OTAN, evaluando la opinión pública báltica frente al “regreso de sus sociedades a Europa”, y se ofrece una reflexión en torno a los problemas que enfrentan las minorías étnicas, principalmente polacas, rusas, bielorrusas y ucranianas *in situ*.

PALABRAS CLAVE

Países bálticos, regionalización, derechos humanos, problemas de minorías étnicas, Europa occidental y Europa oriental.

ABSTRACT

Since 1991 when the Baltic States (Estonia, Latvia and Lithuania) became independent of the Union of Soviet Socialist Republics, they established four fundamental objectives as part of its foreign policy. Ensure its independence with an arduous process of transformation to a post-socialist country. Achieve membership to the European Union (EU) and in the North Atlantic Treaty Organization (NATO). Reject any attempt by Russia in order to be incorporated back into its zone of influence of post-Cold war (to the next closest). In this article, the interest of Estonia, Latvia and Lithuania against their integration into the EU and NATO are analyzed, evaluating Baltic's public opinion against the “return of their societies in Europe” and a reflection on the problems faced by the ethnic minorities, mainly Polish, in situ Russian, Belarusian and Ukrainian in situ.

KEYWORDS

Baltic countries, regionalization, human rights, ethnic dilemmas, Western Europe and Eastern Europe.

---

\* Profesor Investigador en Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (BUAP), México. (pedrosuarezbuap@yahoo.mx)

1. Introducción / 2. Nuevos horizontes teóricos / 3. Las minorías étnicas ante la integración en la UE y la OTAN / 4. La integración de los países bálticos en la UE y en la OTAN / 5. Reacciones de Rusia ante la independencia / 6. Conclusiones

## 1. INTRODUCCIÓN

Desde 1991, cuando Estonia, Letonia y Lituania obtuvieron su independencia de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, establecieron cuatro objetivos fundamentales: asegurar su independencia y soberanía; iniciar un arduo y largo proceso de transformación política, económica e inclusive cultural; realizar todos los esfuerzos posibles en aras de consolidar lo que algunos especialistas denominan “el regreso a Europa”, lo que connotaba su integración en la Unión Europea y en la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN). El cuarto y último objetivo fue eliminar cualquier posibilidad de pertenecer a la “nueva zona de influencia rusa”, que estableció Moscú en su cercano prójimo, al concluir la guerra fría.

Desde la perspectiva de las tres pequeñas repúblicas bálticas, su reciente independencia no estaría garantizada hasta obtener la membrecía de la UE y de la OTAN. La integración económica y política, así como la cooperación con Europa occidental, representaban prácticamente su única opción al colapsar el socialismo real. Por otro lado, las transformaciones postsocialistas que han tenido efecto en Estonia, Letonia y Lituania no fueron fáciles; muy probablemente, han sido mucho más arduas que las que experimentaron los países vecinos de Europa del este.

Este fenómeno se explica, en primer lugar, porque los países bálticos formaron parte de la URSS; en segundo, porque el sistema socialista fue mucho más acentuado en estos países que en la mayoría de los de Europa del este; en tercero, porque han sufrido, a través de su historia, las consecuencias de las ambiciones imperialistas de Rusia, lo cual se ejemplifica con las políticas de deportación<sup>1</sup> y genocidio<sup>2</sup> que establecieron Lenin, Stalin y los sucesivos

<sup>1</sup> KUKK, K y TOIVO R, *Soviet Deportations in Estonia: Impact and Legacy, Articles and Life Histories*, Estonia, Tartu University Press, 2007.

<sup>2</sup> WEISS, A, “Hostage of Politics: Raphael Lemkin on Soviet Genocide”, *Journal of Genocide Research*, no. 7, pp. 551-559, 2005.

líderes soviéticos.<sup>3</sup> Si es cierto, como señalan algunos especialistas, que el sistema socialista que existió en la URSS representó el experimento ideológico más radical y cruel que ha sufrido la historia de la humanidad, es de comprender que para las repúblicas bálticas, la seguridad frente a Rusia, fue su primera prioridad en materia de política exterior.<sup>4</sup>

El eje temático que guía este trabajo se fundamenta en la perspectiva de la seguridad, entendida no como un mero tema militarista o de fronteras seguras. Nuestro principal argumento es que la seguridad posterior a la guerra fría explica el regreso de los países bálticos a Europa y, en gran medida, su interés por obtener a cualquier precio las membresías de los organismos anteriormente mencionados. El concepto de seguridad que usaremos responde a una premisa multidimensional, y no se limita a la integridad territorial, como proponen el realismo y el neorrealismo, sino que incluye otras variables como la identidad cultural y su preservación.

A los países bálticos no les preocupa tanto una eventual invasión militar rusa, sino la existencia misma de sus características históricas e identitarias, de su originalidad cultural y, al mismo tiempo, de su discurso de pertenencia al gran complejo civilizatorio denominado Europa. Por otro lado, este artículo se sustenta en la teoría de la seguridad compleja, propuesta por la escuela de Copenhague, que alude a los nuevos dilemas de seguridad que enfrenta Europa, después de la colapso del orden bipolar.

El trabajo está dividido en cuatro apartados. El primero resalta la perspectiva teórica propuesta en el artículo; el segundo narra las problemáticas de las minorías étnicas de las repúblicas bálticas; el tercero puntualiza los intereses en materia de seguridad de post guerra fría de Estonia, Letonia y Lituania, de la UE, y el cuarto evalúa las reacciones de Rusia *vis-à-vis* la política del regreso a Europa de las repúblicas bálticas.

## 2. NUEVOS HORIZONTES TEÓRICOS

Nuestro eje explicativo es el concepto de seguridad compleja sostenido por la escuela de Copenhague, que se fundamenta en muchas premisas del constructivismo y de la teoría del regionalismo. La escuela de Copenhague postula que, debido al fin de la guerra fría y el fortalecimiento de la globalización, las relaciones internacionales se han transformado radicalmente, y con ello la esencia de la seguridad, particularmente en el Viejo Continente. En este sentido, ha sido necesario replantear las teorías tradicionales que intentan explicar el fenómeno de la seguridad.

<sup>3</sup> HELLER, A y F FEHER, *El Péndulo de la Modernidad*, España, Península, 1994.

<sup>4</sup> SHEVTSOVA, L., "Post-Communist Russia: A Historic Opportunity Missed", en *International Affairs*, vol. 83, pp. 891-912, 2007.

Al respecto, la escuela de Copenhague considera que las nuevas variables de seguridad que emergieron en Europa al finalizar el conflicto Este-Oeste no son comprendidas ni asumidas por las teorías que tradicionalmente han tratado de explicar, desde una perspectiva epistemológica, el fenómeno de la seguridad, tales como el realismo, el neorrealismo y la teoría de la globalización. Por otro lado, la teoría de la seguridad compleja define el término *seguridad* como estar libre de amenazas y de todo peligro, daño o riesgo. En este sentido, la seguridad, particularmente en Europa, depende en gran medida de la cooperación y de las instituciones, así como de los esfuerzos por profundizar los lazos de identidad que permiten acentuar la cooperación y estimulan la supervivencia de las organizaciones. Así, las organizaciones regionales dirimirán más fácilmente los conflictos entre los Estados.

Resulta importante resaltar que, desde la óptica de la escuela de Copenhague, la seguridad en el Viejo Continente no se constriñe a un solo contenido, como pudiera ser la eventual defensa de la integridad territorial de los Estados. Es necesario tener una visión multidimensional sobre los nuevos dilemas de seguridad que afectan a Europa. De esta manera, resulta imperativo mantener la seguridad del Estado frente a las nuevas amenazas transnacionales a la estabilidad, la paz y la prosperidad de toda Europa.

Esta nueva manera de comprender la seguridad desde distintas aristas es inherente a las nuevas amenazas transfronterizas a la seguridad de toda Europa: la migración ilegal, la proliferación del armamento nuclear, la fragilidad democrática y económica en Europa oriental, el crimen organizado, la corrupción, el deterioro medioambiental, así como la violación de los derechos humanos y de las minorías étnicas.<sup>5</sup> Por otro lado, la teoría de la seguridad compleja define a los nuevos regímenes de seguridad como el conjunto de normas que establecen los Estados en aras de esperar del otro un comportamiento predecible en el proceso de sus relaciones. Asimismo, las normas y los principios de comportamiento permitirán establecer relaciones pacíficas y estables entre los miembros de un sistema.

Wojciech Kotescki<sup>6</sup> sostiene que el constructivismo, a diferencia del realismo, no asume la anarquía como un hecho establecido, sino como algo percibido por los diferentes actores internacionales. Asimismo, menciona que debido a las relaciones de identidad que se desarrollan dentro de un sistema, es posible crear un tipo de seguridad colectiva, capaz de preservar los intereses de los actores regionales inmersos en un sistema de cooperación interregional. Otros reconocimientos relevantes se refieren a que el Estado no es el único actor en términos de seguridad y que los actores no estatales pueden generar cierta inestabilidad y, por lo tanto, conflictos.

<sup>5</sup> KOTESCHKI, W., *Europe after the Cold War: The Security Complex Theory*, Polonia, PANISP, 1996, p. 234.

<sup>6</sup> *Ibidem*.

Las nuevas fuentes de amenaza suelen proceder de las condiciones de la vida cotidiana, antes que de la eventualidad de una guerra. Por ende, la protección de un Estado deriva no sólo de su unidad política, sino también del acceso de los individuos a poseer una adecuada calidad de vida.<sup>7</sup> Con base en lo anterior, la seguridad se despliega de muchas formas y se le entiende como una condición, como un valor o como una aspiración, dependiendo de la percepción de los actores.

¿Cómo se conecta esta perspectiva con la teoría de la seguridad regional? En principio, a partir de una percepción: la región es más que el todo. Esto implica aceptar que hay, por un lado, actores globales y, por otro, actores y dinámicas regionales. ¿Cómo definir a ciertos actores y dinámicas como regionales o globales? Si le preguntamos al realismo clásico, la respuesta sería que el actor global se impone sobre los actores regionales. Si le preguntamos a los neorrealistas y globalistas, para responder se fijarían en la estructura y desde ahí medirían el potencial de los actores con mayor poder. Por lo tanto, el neorrealismo y el globalismo se interesan por los actores regionales cuando estos son primordialmente los Estados. Empero, la seguridad de los países bálticos no sólo se minimiza a variables con su integridad territorial. Dese la opinión pública de estas sociedades, la seguridad está frecuentemente amenazada por las minorías étnicas, principalmente rusas, que habitan en estos territorios. Una perspectiva clásica de las relaciones internacionales no podría explicar este nivel de complejidad.

El enfoque regional debe saber incorporar el nivel global o sistémico, así como el nivel global y sistémico debe aprender a incorporar los multi-niveles regionales. La capacidad de interacción es primordial para los globalistas; pero a nivel regional, también es un impulso para las relaciones entre actores no estatales o sin alcance global. Se trataría de un nivel de microrelaciones que los enfoques sistémicos pasan por alto. Los globalistas aciertan al complejizar y diversificar la agenda de seguridad, pero la teoría regionalista todavía se concentra más en los sectores que experimentan esa complejidad y diversidad de la agenda. El problema con los globalistas es que minimizan la agenda para entender los problemas de política mundial y de seguridad.

Un enfoque regional ilustraría mejor las dinámicas internacionales de seguridad contemporáneas. El sistema se compone de partes que interactúan con semejanzas y diferencias, con valores y creencias y pinta a un mundo más complejo y variado, con diferentes modelos y aproximaciones a la seguridad.

<sup>7</sup> OROZCO, A., "El aporte de la Escuela de Copenhague a los Estudios de Seguridad", en *Fuerzas Armadas y Sociedad*, año 20, núm. 1, pp. 12-16, 2000.

### 3. LAS MINORÍAS ÉTNICAS ANTE LA INTEGRACIÓN EN LA UE Y LA OTAN

Al concluir la guerra étnica en la otrora Yugoslavia, muchos especialistas, como Stephen Griffiths,<sup>8</sup> consideraron que en Europa ya no existirían conflictos entre nacionalidades y que este tipo de problemas sólo aparecerían en lugares periféricos como Georgia, Moldavia o Ucrania; por lo tanto, no afectarían la estabilidad europea. De igual manera, algunos especialistas están convencidos de que, en los países bálticos, el conflicto de las minorías étnicas sería erradicado debido a la integración en la UE y la OTAN durante el 2004. Sin embargo, desde el enfoque regionalista, los países bálticos representan, junto con Ucrania, Bielorrusia y Moldavia, la zona más importante de confluencia estratégica entre la Unión Europea y Rusia; por tanto, los problemas domésticos de Estonia, Letonia y Lituania son más estridentes e impiden que se conforme un Complejo de Seguridad Regional que abarque a Rusia, Europa del Este y la Unión Europea.<sup>9</sup>

En los países bálticos, las minorías étnicas rusas son percibidas como una herencia cultural no deseada y sustancialmente rechazada por la clase política y la sociedad civil, debido a que son consideradas como un riesgo para la integridad de la identidad cultural. A pesar de las transformaciones institucionales que han experimentado estos países después de su integración en los organismos de Europa occidental, pocas cosas han cambiado. Asimismo, este problema genera una considerable yuxtaposición de los criterios de adhesión establecidos por el Consejo Europeo de Copenhague de 1993, en particular con el principio de respeto por los derechos humanos y de las minorías étnicas, lo que pone en tela de juicio el regreso a Europa, principalmente de Estonia y Letonia.

La violación de los derechos humanos en contra de las minorías rusas es sustancialmente más notoria en Estonia y Letonia que en Lituania. En los dos primeros países, dichas minorías no pueden obtener la ciudadanía y salir o abandonar el país. De igual manera, su participación en la vida política es extremadamente limitada: están excluidas de los temas más importantes de la agenda política de ambos países. En otros aspectos de la vida cotidiana, las minorías étnicas no tienen posibilidades de desarrollar sus profesiones en igualdad de condiciones que los connacionales de Estonia y Letonia; hasta hace poco tiempo, no podían manifestarse culturalmente con el idioma ruso. Todas estas variables han generado grandes disparidades en los ingresos económicos de los ciudadanos de Estonia y Letonia en relación con las minorías rusas.<sup>10</sup>

<sup>8</sup> GRIFFITHS, M., *Nationalism and Ethnic Conflict in Central Europe: threats to Europe's Security*, Suecia, Stockholm International Peace Research Institute, 1991.

<sup>9</sup> BUZAN, B y WEAVER, O., *Regions and Powers the Structure of International Security*. Reino Unido, Cambridge University Press, 2003.

<sup>10</sup> VAN ELSUWEGE, P., *Russian-Speaking Minorities in Estonia and Latvia: Problems of Integration at*

Las medidas de segregación racial en Estonia han dejado a más de 130 000 personas sin el derecho a obtener la ciudadanía.<sup>11</sup> A este grupo de personas se les conoce como los “no ciudadanos”, quienes no pueden obtener un pasaporte y mucho menos el pasaporte comunitario de la Unión Europea. Asimismo, los “no ciudadanos” no dominan el idioma estonio o letonio, por lo cual no pueden acceder a buenos puestos laborales ni a puestos en la administración pública; esto ha tenido como consecuencia la marginación de las minorías étnicas que habitan en estos territorios.

Según un estudio publicado por Isabel Stanganelli,<sup>12</sup> la marginación de las minorías rusas en Estonia y Letonia se puede observar también con la brecha que existe en relación con los ingresos económicos de los connacionales en comparación con los de las minorías étnicas. En este sentido, los ingresos de los estonios son 25% mayores en relación con las minorías étnicas. Esta discriminación se puede observar en el porcentaje de personas que se encuentran en las prisiones respecto a sus nacionalidades. Aunado a lo anterior, las minorías étnicas resaltan en cuanto al porcentaje de personas infectadas con VIH-sida.

En Letonia, la situación de las minorías étnicas es muy parecida a la de Estonia. Al respecto, sólo 30% obtuvo la ciudadanía de Estonia cuando este país se independizó de la URSS. En este sentido, 480 000 rusos, ucranianos y bielorrusos no han podido acceder a la ciudadanía, lo cual representa 21% de la población. Esta situación se debe en gran medida a la Ley de Ciudadanía promulgada en 1991, que sólo permitió que se le otorgara la ciudadanía a las minorías étnicas que vivían en Letonia antes de 1940 (precisamente antes de la ocupación soviética) y a sus descendientes.

Esto dejó sin ciudadanía a miles de bielorrusos, rusos y ucranianos cuyos familiares fueron enviados después de 1945 con la finalidad de proseguir con la política de construcción de los pueblos soviéticos, cuya propósito cardinal fue *rusificar* y, posteriormente, soviétizar a las sociedades bálticas. Debido a la membresía de Letonia en la Unión Europea, los requisitos para adquirir la ciudadanía han ido disminuyendo. Sin embargo, las minorías étnicas continúan segregadas: no tienen derecho al voto, no pueden aspirar a puestos políticos ni pueden poseer tierras.

Resulta importante mencionar que, para la clase política y la opinión pública de Estonia, Letonia y Lituania, la ocupación soviética de 1945 y la anexión de estos países en la URSS violó todas las normas del derecho internacional.

---

the Threshold of the European Union, Working Paper No. 20, Germany, European Centre for Minority Issues, 2004, pp. 58.

<sup>11</sup> ALCALDE, J., Apuntes sobre la transformación del orden internacional, 2013. [Consulta: 23 de marzo, 2013]. Disponible en: [http://www.pucp.edu.pe/documento/maestrias/lectura\\_relaciones\\_internacionales.pdf](http://www.pucp.edu.pe/documento/maestrias/lectura_relaciones_internacionales.pdf)

<sup>12</sup> STANGANELLI, I. “Los nacionalismos en la ex URSS”, en *Contribuciones Científicas*, núm. 3, pp. 310-312, 1991.



Desde esta óptica, los emigrantes bielorrusos, rusos y ucranianos arribaron a sus países ilegalmente, como resultado de la invasión y de las políticas genocidas soviéticas.<sup>13</sup> Por tanto, los gobiernos de las repúblicas bálticas rechazan la idea de otorgarles a estas minorías la ciudadanía de sus países. Lituania es el único país báltico en donde la asimilación de las minorías étnicas ha sido menos dolorosa y conflictiva, quizá por el hecho de que las minorías étnicas poseen un peso demográfico inferior en comparación con Estonia y Letonia. Los problemas de las minorías étnicas no sólo se presentan en los países bálticos, sino en prácticamente toda Europa del este

#### 4. LA INTEGRACIÓN DE LOS PAÍSES BÁLTICOS EN LA UE Y EN LA OTAN

Las tres repúblicas bálticas construyeron argumentos sólidos y congruentes con la finalidad de convencer a sus respectivas sociedades, a los Estados Unidos, a la Unión Europea y a Rusia de que su regreso a Europa era inevitable. Fundamentalmente, la estrategia consistió en defender la tesis de los nuevos dilemas de seguridad de la post guerra fría que enfrenta Europa, los valores culturales compartidos, la vecindad geográfica y el sentido de pertenencia cultural que une a los países bálticos con Europa occidental.

A partir del 19 de agosto de 1991, cuando la Unión Soviética reconoció la independencia de Estonia, Letonia y Lituania, después de severas amenazas e inclusive de la movilización de las tropas soviéticas a Tallin, Riga y Vilna, estos países establecieron como una de sus prioridades más importantes integrarse a la brevedad posible en la UE y en la OTAN. Algunos especialistas, como Stanislaw Parzymies,<sup>14</sup> argumentan que la pertenencia de estos países a la civilización de Europa occidental fue “secuestrada” después de la invasión soviética de 1944, mejor conocida como La Operación Ofensiva Estratégica Báltica.

Según la visión de Estonia, Letonia y Lituania, Moscú fragmentó, por medio del uso de la fuerza, la represión y la Doctrina Brézhnev, todos los vínculos civilizatorios que estos Estados habían mantenido durante siglos con Europa occidental. Al respecto, los países bálticos fundamentan su pertenencia a Europa occidental debido a los vínculos históricos y culturales que las unen con Europa occidental, cuyos orígenes provienen de la Edad Media. Cabe resaltar que durante la Edad Media se edificaron relaciones muy sólidas entre los países bálticos, los nórdicos y los escandinavos (Suecia, Noruega, Dinamarca y Finlandia) en materia económica, política y cultural,

<sup>13</sup> *Ibidem.*

<sup>14</sup> PARZYMIES, S., Integracja Europyjska w Dokumentach, Polonia, Polski Instytut Miedzynaradowych, 2008.

en el contexto de la Liga Hanseática.<sup>15</sup> Este discurso estaría destinado a impregnar de *europiedad* el proyecto de regreso a Europa.

Una de las primeras acciones en materia de política exterior de las repúblicas bálticas consistió en reactivar sus relaciones con los países escandinavos, así como con Alemania y Polonia, debido a los intereses comunes en materia económica, política, pero sobre todo en cuanto a los nuevos dilemas de seguridad de los países nórdicos. Por otro lado, utilizaron como herramienta de negociación su importante ubicación geopolítica. En adición, defendieron la tesis de que, una vez incorporadas en la UE y en la OTAN, ambos organismos obtendrían una ventaja competitiva debido a que sus puertos constituirían un enclave único para el desarrollo de las relaciones económicas, políticas y de seguridad entre Europa occidental y la nueva Europa del este, matizando la idea de que Rusia seguía representando una amenaza para su seguridad.

Las reacciones de Moscú no fueron favorables en el contexto de las aspiraciones legítimas de los países bálticos *vis-à-vis* al regreso a Europa. En primer lugar, por la visión histórica de la *nomeklatura* rusa respecto a que las tres repúblicas bálticas “fueron” y “son” parte del *Imperium Ruso* durante gran parte de su historia, Moscú posee “derechos inviolables” que no pueden ser modificados por ninguna otra potencia. En este sentido, a principios del siglo XXI y hasta nuestros días, la integración de los países bálticos en la UE y en la OTAN era percibida por Moscú como una continuación de la guerra fría y un gran riesgo para su propia seguridad e integridad territorial.<sup>16</sup> Cabe resaltar que en el caso de los países de Europa del este, las reacciones de Rusia fueron muy diferentes ante la adhesión de estos países en los organismos mencionados anteriormente, debido a que estos países mantuvieron, durante siglos, relaciones muy cercanas con Europa y, antes de ser incorporados a la zona de influencia soviética, después de la Segunda Guerra Mundial, poseían importantes raíces democráticas.<sup>17</sup>

Por otro lado, la idea de la securitización de la agenda propuesta por Wæver refiere que las nuevas amenazas de seguridad en el Viejo Continente de post guerra fría hacen más flexible ampliar los sistemas de seguridad con

<sup>15</sup> La Liga Hanseática o Hansa fue una federación de ciudades del norte de Alemania y de comunidades de comerciantes alemanes en el mar Báltico. Dicha liga comprendía una unión comercial de ciudades de Dinamarca, Finlandia, Inglaterra, Noruega, Países Bajos, Polonia, Rusia, Suecia, así como de algunas regiones que ahora se encuentran en Estonia, Letonia y Lituania.

<sup>16</sup> Konovalov, *Ekonomika i politika* (russian edition) Unknown binding, 1995.

<sup>17</sup> Por citar un ejemplo, la primera Constitución democrática europea fue creada en Polonia en 1791. Ésta constituyó la segunda ley fundamental escrita en el mundo y la primera en Europa, desde la antigüedad grecorromana. La Constitución polaca introdujo el principio de la división de poderes en legislativo (dieta bicameral), ejecutivo (el rey, como jefe del gobierno, presidía el Consejo de Ministros llamado la Guardia de Leyes) y el judicial (tribunales independientes), que abolía la elección de los reyes, introduciendo la monarquía hereditaria. Meses después, fue aprobada la Constitución francesa, que contenía la reforma del Estado que configuraba la monarquía francesa como constitucional.

la finalidad de fortalecer la seguridad, la paz, la estabilidad y la propia viabilidad de la Unión Europea.<sup>18</sup>

Durante los años que existió la URSS, Estonia, Letonia y Lituania se diferenciaban del resto de las repúblicas soviéticas en que poseían un desarrollo económico mayor, relaciones históricas con Europa occidental y una sociedad civil cada vez más participativa que ilusionaba y reclamaba el regreso a Europa. De manera similar a los países de Europa del este, las repúblicas bálticas consideraron que al finalizar el socialismo real y la confrontación ideológica en Europa, obtendrían casi de manera inmediata su ingreso en la UE y en la OTAN debido a que ya no existían barreras ideológicas. Sin embargo, el regreso a Europa no fue fácil; aún existían muchos obstáculos que vencer en aras de que tomara efecto la tan esperada integración de las dos Europas.

Los intereses de las repúblicas bálticas en relación con su integración en la UE y la OTAN se pueden apreciar desde las siguientes aristas:

#### Unión Europea:

- Asegurar el éxito de las transformaciones post-socialistas.
- Adherirse al bloque económico más fuerte e integrado del mundo.
- Acceder a las políticas de cooperación de la Unión Europea, cuyos objetivos son la cohesión social y económica entre sus Estados miembro, y a los fondos estructurales y de cohesión.
- Incorporarse a las cuatro libertades de la Unión Europea: libre movimiento de bienes, capitales, servicios y personas.
- Retomar los valores de la civilización de Europa occidental: el apego al sistema político democrático, el respeto por los derechos humanos y el respeto por el Estado de derecho, así como a su incorporación a las economías de mercado más ricas y prosperas del mundo.

En el caso de la OTAN, los países bálticos pretendían:

- Fortalecer su soberanía e independencia.
- Asegurar el respaldo de Estados Unidos y de Europa occidental frente a cualquier inestabilidad política en Europa oriental.
- Erigir una frontera de seguridad *vis-à-vis* lo que Edmund Wnuk-Lipinski<sup>19</sup> conceptualiza como “la zona gris de Europa”: Bielorrusia, Rusia y Ucrania, que presentan serios dilemas de estabilidad política y económica.

<sup>18</sup> *Ibidem*.

<sup>19</sup> WNUK-LIPINSKI, Edmund, *After Communism: a multidisciplinary approach to radical social changes*, Polonia, Panisp, 1995.

Por otro lado, durante estos años no existían muchas opciones en materia de cooperación, integración regional y mucho menos de seguridad para las tres pequeñas repúblicas bálticas. Las únicas posibilidades que se visualizaban en el horizonte eran: integrarse en la CEI, crear un esquema de cooperación económica y de seguridad propia para las repúblicas bálticas.

La primera opción fue descartada inmediatamente debido a que estos países eliminaron cualquier posibilidad de pertenecer a la zona de influencia rusa y de adherirse a cualquier esquema de cooperación con las ex repúblicas soviéticas.<sup>20</sup> La segunda opción fue también desechada rápidamente, debido a que las repúblicas bálticas no poseían recursos económicos y humanos para edificar sus propios mecanismos de cooperación interregional. Asimismo, rechazaron esta opción debido a que consideraban que se convertirían “en una nueva zona divisoria” en términos de seguridad entre Europa occidental y Europa oriental.

En este sentido, la única opción viable, y la más deseada, tanto por la *nomeklatura* como por la opinión pública báltica, fue la incorporación de sus países en la UE y en la OTAN. Desde esta perspectiva, se puede afirmar que, partiendo de la teoría de la seguridad compleja, los intereses de las tres repúblicas bálticas responden a variables económicas, políticas, e inclusive culturales. Sin embargo, el interés inherente a la seguridad resalta sobre los anteriormente mencionados.

A diferencia de los países de Europa del este, que durante los inicios del siglo XXI empezaron a suscitar gran interés entre los miembros más importantes de la UE y de la OTAN, como Alemania, Francia, Italia, los Países Bajos y los países escandinavos, las pequeñas repúblicas bálticas no lograban despertar mayor interés entre los miembros de ambos organismos, debido al pequeño tamaño de sus economías, su extrema proximidad geográfica con Rusia y porque históricamente han sido percibidas por la opinión pública como “la periferia de Europa”, como parte de la zona de influencia rusa, cuyo *statu quo* no debería modificarse.

Este escenario generó, a finales de la década de los noventa, una gran desilusión entre la clase política y la opinión pública en Estonia, Letonia y Lituania, en particular ante la tan esperada cooperación de Europa occidental en la reconstrucción de sus sociedades, así como para alcanzar el tan añorado regreso a Europa.<sup>21</sup>

Desde esta perspectiva, a principios de la década de los noventa, los principales promotores de la ampliación de la UE y de la OTAN hacia Europa

<sup>20</sup> SZLAFER, H., “Central and Eastern Europe (As Acronym) and Russia”, *The Polish Quarterly of International Affairs*, no. 17, pp. 5-10, 2008.

<sup>21</sup> Rodríguez Suárez, Pedro Manuel, *Hacia la Construcción de una Nueva Europa: la integración de los países de Europa Central y Oriental en la Unión Europea*, México, Fondo de Cultura Económica - Universidad Iberoamericana, 2008, pp. 217-271.

del Este (Alemania, Francia, Holanda, Italia y los países Escandinavos) se oponían a la integración de las repúblicas bálticas en los principales mecanismos de cooperación de Europa occidental. Uno de los argumentos consistió en la eventual oposición que podría surgir por parte de Moscú y la evasión de cualquier situación que pudiera alterar la nueva estabilidad y seguridad del Viejo Continente. Otro argumento, no menos importante, fue que las fronteras de Rusia estarían muy cercanas a Europa occidental, lo cual provocaría nuevas fricciones con Moscú.

A pesar del poco interés que existía en Europa occidental por las pequeñas repúblicas bálticas, la estabilidad política de la subregión era percibida como una variable fundamental para la seguridad de la nueva Europa, principalmente por Alemania, los países escandinavos y Polonia, así como por todos aquellos países europeos que comparten fronteras marítimas en el mar Báltico. Sin duda alguna, Alemania jugó un papel fundamental en el regreso de los países bálticos a Europa. En primer lugar, por los lazos históricos y culturales que la han vinculado por siglos con Estonia, Letonia y Lituania, así como por su cercanía geográfica; en segundo lugar, por la ubicación geoeconómica de los países bálticos; y en tercer lugar, por poseer la economía más fuerte e importante de la Unión de los 28.

Sin embargo, la política exterior alemana en relación con la integración de los países bálticos en la UE y en la OTAN, a principios de la década de los noventa, fue ambivalente. Desde la perspectiva de este país, no era concebible establecer un sistema de seguridad efectivo en el Viejo Continente que excluyera a Rusia, y una nueva división y confrontación continental afectaría la estabilidad europea. Por otro lado, un considerable número de políticos alemanes opinaban que las relaciones de cooperación entre Alemania y las repúblicas bálticas dependían en buena medida de las relaciones de cooperación entre estos países y Rusia. Alemania no cedería ante los intereses de Estonia, Letonia y Lituania sin estar totalmente segura del consentimiento ruso. Por otra parte, Dinamarca, Finlandia, Polonia y Suecia proponían, a principios de la década de los noventa, dos estrategias que podrían ser establecidas *in situ*: crear un sistema de seguridad y de cooperación sólo para Estonia, Letonia y Lituania u ofrecer una *quasi* membresía en la UE y en la OTAN.

Las repúblicas bálticas refutaron tajantemente la primera y la segunda opción, argumentando nuevamente que ambas alternativas las colocaría entre Europa occidental y Europa oriental, por lo cual se convertirían en una especie de “nueva cortina de hierro” entre las dos Europas. Por lo tanto, la única posibilidad para asegurar la estabilidad en la península báltica y, por consiguiente, en toda Europa, era la integración en la UE y en la OTAN.<sup>22</sup> Como se puede apreciar, esta visión de las tres repúblicas es

<sup>22</sup> STOLARCZYK, M., “The Concept of European Unity Against International Security in Post-Cold War

inherente a la teoría de la seguridad compleja, en particular cuando alude a los regímenes de seguridad. En este escenario, la UE y la OTAN representan dichos regímenes: connotan el conjunto de normas que establecen los Estados con objeto de esperar del otro un comportamiento predecible en sus relaciones.

Después de un largo período de convencimiento y de la enorme presión que ejercieron los miembros de la Unión Europea y la OTAN, por medio de la cooperación económica que necesitaba Rusia después del colapso de la URSS, así como por haberle ofrecido un asiento en el Grupo de los Siete (G-7) y reconocerla como “potencia mundial”, Moscú reconoció el derecho de los países bálticos *vis-à-vis* su regreso a Europa.<sup>23</sup> En este sentido, el Consejo Europeo, que tuvo efecto en Copenhague, en 1993, abrió todos los caminos y estableció criterios para que los países bálticos pudieran integrarse en la Unión Europea junto con otros países satélite de la URSS.

Por otro lado, en 1999, el Parlamento Europeo presentaría información sintética sobre los Estados candidatos a ingresar en la Unión Europea. Ahí se destacaban los esfuerzos realizados por Estonia en materia de políticas de impacto social; sobre Letonia se señalaba la necesidad de realizar cambios en materia legislativa laboral y sanitaria; algo similar ocurría con Lituania, con el añadido de sugerirle que respetara los principios legales de no discriminación.<sup>24</sup>

Las repúblicas bálticas tuvieron que efectuar enormes esfuerzos en aras de cumplir con todos los criterios establecidos en Copenhague. Algunos de los más arduos consistieron en edificar instituciones políticas democráticas y establecer economías de mercado.

Empero, el más difícil de todos estos requisitos y en donde aún falta mucho por hacer es en relación con el respeto de los derechos de las minorías étnicas.

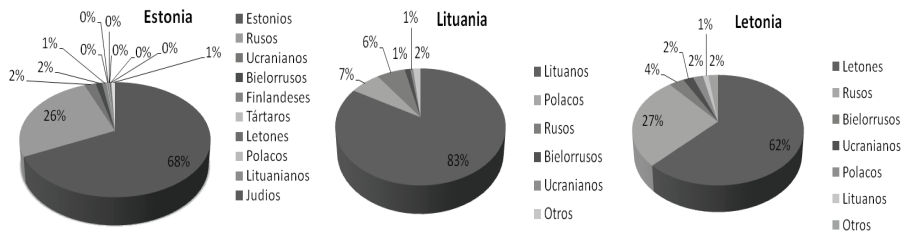
Como se puede apreciar en la gráfica 1, las minorías étnicas en Estonia representan 30% de la población; en Letonia, 28%, y en Lituania 20%. Dichas minorías están compuestas en su mayor parte por bielorrusos, rusos, polacos y ucranianos.

Europe”, *The Polish Quarterly of International Affairs*, vol. 8, no. 2, pp. 119-123, 1993.

<sup>23</sup> *Ibidem*.

<sup>24</sup> “Sistema políticos democráticos”; “respeto al estado de derecho y a los derechos humanos y de las minorías étnicas”; “economías de mercado”; “capacidad de hacer frente a la presión competitiva y las fuerzas del mercado dentro de la Unión”; “asumir las obligaciones que se derivan de la adhesión”; “absorber el *Acquis Communautaire* de la UE”; “Buenas relaciones de cooperación con los países vecinos”. Rodríguez Suárez, Pedro Manuel, *op. cit.*, pp. 231, 238.

Gráfica 1



Fuente: Elaboración propia con datos tomados de [http://www.iri.edu.ar/revistas/revista\\_dvd/revistas/R8/R8EST03.html](http://www.iri.edu.ar/revistas/revista_dvd/revistas/R8/R8EST03.html)

La integración de los países bálticos en 2004 respondió a los intereses de los miembros de ambos organismos, en particular en materia de seguridad. En palabras de Stanislaw Parzymies:<sup>25</sup> “la incorporación de los países anteriormente soviéticos en la UE y en la OTAN contribuye a expandir hacia la Europa post-soviética la zona de seguridad, de estabilidad y de relaciones de buena vecindad que proporcionan las membresías de la UE y a la OTAN; dichos beneficios responden a los intereses de la UE y de toda Europa”.

## 5. REACCIONES DE RUSIA ANTE LA INDEPENDENCIA

La presencia de las minorías étnicas en Estonia, Letonia y Lituania tiene sus raíces en el siglo XVII, cuando la subregión fue presa del expansionismo del *Imperium Ruso*. Después de un considerable número de guerras imperiales, en donde participaron el imperio danés, el imperio polaco y el imperio sueco por obtener el control del mar Báltico; finalmente, fue la Rusia de los zares quien anexó a su territorio a las tres repúblicas bálticas.

Posterior a dicha intervención, Moscú siempre ha considerado que Estonia, Letonia y Lituania pertenecen a su zona de influencia, e inclusive a su propia identidad nacional como imperio. Las tres repúblicas siempre fueron objeto de las ambiciones expansionistas de los imperios mencionados debido a la ubicación estratégica de sus puertos, sus recursos naturales y porque constituían una salida hacia el mar Báltico, particularmente para el *Imperium Sovieticum*.<sup>26</sup>

<sup>25</sup> *Ibidem*.

<sup>26</sup> BOGDAN, H., *La historia de los países del Este: De los orígenes a nuestros días*, Argentina, Vergara, 1991.

Charles Urjewicz<sup>27</sup> afirma que el problema de las minorías étnicas rusas existe desde la formación del *Imperium Ruso*. Sin embargo, se acentuó aún más después de 1945, con la política de las nacionalidades establecida por Lenin, Stalin y sus seguidores. La política de las nacionalidades consistió en poblar, rusificar y posteriormente soviétizar a todos aquellos territorios anexados por la URSS que se encontraban poco poblados, lo que facilitaría la edificación del pueblo soviético. En este sentido, tanto Lenin como Stalin optaron por el genocidio y hasta la erradicación cultural, a tal grado que en Lituania no se permitía hablar el idioma lituano durante la ocupación soviética.

Durante la Segunda Guerra Mundial, los países bálticos fueron ocupados por Alemania en 1941, por medio de la Operación Barbarroja. La ocupación alemana permaneció hasta 1945, cuando la URSS y las potencias aliadas derrotaron al ejército nazi y Moscú “liberó” los territorios de las tres repúblicas bálticas, para después incorporarlas a la URSS y soviétizarlas. A pesar de las garantías de seguridad e independencia que les habían ofrecido las potencias occidentales, como Estados Unidos, Francia y el Reino Unido, en las conferencias de Potsdam y de Yalta, Stalin, Churchill y Roosevelt decidieron que las repúblicas bálticas formarían parte de la URSS. Dicho estatus no se modificaría sino hasta 1991.

Durante el periodo de entre guerras la presencia de minorías rusas en la subregión era poco significativa: sólo representaban 10% de la población en Letonia, 4% en Estonia y 2% en Lituania. Empero, cuando estos países fueron anexados por la URSS, la política de Stalin consistió en deportar a miles de estonios, letones y lituanos hacia otros territorios de la URSS y, a su vez, incorporar a connacionales rusos. Al dejar de existir la URSS en 1991, la estrategia de genocidio y soviétización se paralizó; empero, la emigración rusa se incrementó debido a que las repúblicas bálticas eran las más desarrolladas. De igual manera, su adhesión a la UE y la OTAN connotó para las empobrecidas sociedades postsoviéticas un trampolín hacia el sueño europeo: un ingreso relativamente fácil hacia los países más ricos de Europa y hacia las sociedades más prosperas y ricas del mundo (Dinamarca, Finlandia, Noruega y Suecia).

De cara a los intentos de las repúblicas bálticas por independizarse, Moscú sometió a Lituania a un embargo económico y obligó a la *nomenklatura* a suspender la declaración de independencia. En relación con Estonia y Letonia, cuando ambos países declararon su independencia, Moscú las rechazó afirmando que estas acciones eran ilegales y rompían radicalmente con el sistema jurídico de la Unión Soviética.

<sup>27</sup> URJEWICZ, C., *El resurgir de los nacionalismos en la Unión Soviética y en la Europa del Este*, España, Anuario CIDOB, 1990.



A finales de 1990, y durante los primeros meses de 1991, se desarrolló la crisis báltica, con los avances del Ejército Rojo sobre las capitales de Estonia, Letonia y Lituania, así como el no reconocimiento de la URSS *vis-à-vis* las declaraciones de independencia de estos países. Los primeros reconocimientos llegaron en 1991, provenientes de Bielorrusia, Georgia y Moldavia, que expresaron “el derecho innegable que poseen de las repúblicas bálticas para constituirse como Estados independientes, toda vez que dichas declaraciones de independencia eran proclamadas conforme a los procedimientos democráticos y suponían la reparación de una gran injusticia histórica”.

Mijaíl Gorbachov, a pesar de haber impulsado la *Perestroika* y de expresar oficialmente que las repúblicas soviéticas tenían todo el derecho para construir su propio destino, y de haber terminado con la Doctrina Brézhnev, no fue capaz de aceptar la independencia de estas naciones y optó por la represión. En enero de 1991, envió tropas a las repúblicas bálticas, en particular a Letonia y Lituania, de la misma manera que lo había hecho en Azerbaiyán, Georgia y Osetia del Sur para reprimir los movimientos independentistas que amenazaban con la desintegración de la Unión Soviética.

Por otro lado, la violación sistemática de los derechos humanos de las minorías rusas en Estonia y Letonia, ha sido motivo de gran fricción con Rusia, quien ha considerado defender a sus connacionales, inclusive por medio del uso de la fuerza nuclear. Al respecto, después de haber concluido la guerra fría y al haber dejado de ser una superpotencia, Rusia estableció dos doctrinas en materia de política exterior. La primera es conocida como “lo más cercano”; define su nueva zona de influencia: la mayoría de las repúblicas soviéticas. La segunda justifica el uso de la fuerza militar y de su capacidad nuclear para defender los derechos de las minorías rusas que habitan fuera de Rusia”.<sup>28</sup>

En relación con los deseos de los países bálticos por incorporarse a la UE y la OTAN, Moscú trató de impedir por todos los medios posibles dichas aspiraciones. En este sentido, evocó la violación de los derechos de las minorías rusas y expresó su gran preocupación por el tema. Empero, esta política fracasó por la debilidad económica y política rusa después del colapso de la URSS y por la cooperación que necesitaba del mundo occidental para reconstruir su sociedad. Al final, no tuvo otra opción que aceptar las presiones de los países bálticos, de la UE y de Estados Unidos.<sup>29</sup>

<sup>28</sup> Gutiérrez del Cid, Ana Teresa, “Rusia en la era de Vladimir Putin: la búsqueda del interés nacional ruso”, en *Revista Mexicana de Política Exterior*, México, SRE, 2003, p. 148.

<sup>29</sup> Gutiérrez del Cid, Ana Teresa, op. cit., p.150.

## 6. CONCLUSIONES

La integración de los países bálticos en la UE y en la OTAN tiene su fundamento en aspectos políticos, económicos, pero sobre todo en materia de seguridad. En este sentido, los intereses de Estonia, Letonia y Lituania en ambos organismos fueron muy similares a los de los países de Europa del este: asegurar su soberanía, acceder al mercado de la UE, integrarse a las cuatro libertades y obtener la cooperación interregional que ofrece la Unión a sus veintiocho Estados miembro, es decir, los fondos de cohesión y los estructurales. El interés más importantes fue el de la seguridad, especialmente *vis-à-vis* Rusia y la “zona gris de Europa”, cuya gobernanza se puede caracterizar como “democracias autoritarias o totalitarias”, como definen algunos autores a las democracias híbridas que actualmente existen en prácticamente todos los países de la nueva Europa del este: Bielorrusia, Rusia y Ucrania, así como en otras repúblicas eurasiáticas que formaban parte de la Unión Soviética.

Desde la teoría de la seguridad compleja, las repúblicas bálticas manifestaban, a principios del siglo XXI, su gran preocupación debido a que sentían una constante amenaza hacia su seguridad e incluso hacia su integridad territorial desde diferentes aristas. Por un lado, debido al sentimiento histórico en relación con una eventual invasión rusa y, por el otro, por el interés de Moscú de reestablecer su zona de influencia en Europa del este y, más aún, en las repúblicas bálticas.

En este sentido, desde la visión de la teoría de la seguridad compleja, Estonia, Letonia y Lituania recurrieron a los organismos de cooperación económica y de seguridad occidentales en aras de fortalecer su independencia y soberanía, así como para dirimir los conflictos postsocialistas que podrían resurgir con Rusia. Asimismo, las repúblicas bálticas percibieron que las nuevas amenazas a su seguridad no provenían sólo de Rusia y de la zona gris de Europa, sino de una perspectiva mucho más dimensional. En este sentido, los problemas transnacionales, como las migraciones masivas, la proliferación de armamento nuclear exsoviético, los conflictos étnicos, el crimen organizado y la inestabilidad política y económica en Europa oriental constituyeron las variables *sine qua non* a la luz de su adhesión a la UE y la OTAN.

Resulta imperativo evocar a la teoría del constructivismo, que subraya que la seguridad de los Estados en prácticamente todo el mundo ya no depende únicamente de las amenazas y de la agresión militar que puedan recibir de otro Estado, sino que en el umbral del siglo XXI, la seguridad, particularmente en Europa, depende en gran medida de la cooperación interregional, de las instituciones, de resolver de manera común los problemas transfronterizos y del sentimiento de identidad y pertenencia a Europa. Asimismo, el regreso a Europa permitiría lo que la teoría del constructivismo

llama “seguridad económica”. Es decir, el acceso de las sociedades bálticas a una adecuada calidad de vida, lo que a largo plazo fomentaría la seguridad y la estabilidad.

Dos décadas y media han transcurrido después de que las tres repúblicas bálticas obtuvieran su independencia. Los cuatro objetivos que establecieron después de 1991 en relación con asegurar su independencia, su transformación económica y política, su regreso a Europa y eliminar cualquier posibilidad de pertenecer a la nueva zona de influencia rusa de post guerra fría, han sido alcanzados.

Como colofón, aunque las transformaciones postsocialistas en las tres repúblicas bálticas han sido exitosas, aún falta mucho para mejorar la situación de las minorías étnicas que habitan particularmente en Estonia y Letonia. Los gobiernos de estos países deben modificar sus sistemas jurídicos, que excluyen a las minorías étnicas de los temas prioritarios de la agenda política *in situ*. De lo contrario, su regreso a Europa quedará sumamente cuestionado y limitado, al no compartir los valores de la integración, así como las visiones de los principales arquitectos de la unificación europea, tales como Jean Monnet y Robert Schumann, sobre la democracia, la prosperidad y en particular hacia el respeto de los derechos humanos de las minorías étnicas.